

La malaltia de Amapola

Vicente Guarner

Las buenas acciones siempre tienen una recompensa que suele ser inesperada. En este texto, el doctor Vicente Guarner—El profesor de anatomía y Murmullos en el ático— cuenta cómo la vida, siempre sorprendente, siempre espontánea, lo obliga a tomar una decisión fundamental y trascendente.

Amapola es nombre de flor. Y muchos otros apelativos de mujeres son asimismo de flores. En este caso no. Amapola es una rubia alta, de finos modales, expresiva mirada y pelo largo y lustroso y de tono platino. Su raza no posee una nominación que la defina en español, ni en francés, ni al parecer en ningún otro idioma, excepto en inglés. Por su estirpe aristocrática se le conoce en todas partes como *Golden Retriever* que si pretendemos traducirlo, literalmente, le pondríamos: “el cobrador dorado”. Su oficio desde hace dos centurias después de evolucionar casi directamente del lobo —en una mezcla hecha apenas a comienzos del siglo XIX por un aristócrata escocés— no ha sido sólo cazar —bien que, además, constituye una de sus virtudes— sino recuperar las piezas heridas durante el asesino deporte de las partidas de caza.

Amapola llegó a casa cuando apenas cabía en la unión de las palmas de mis dos manos y fue creciendo y creciendo hasta convertirse en un gran perro. Amapola siempre ha sido, como antes decía, de gran presencia, esbelta, extraordinariamente educada y fiel, rara cualidad esta última en nuestro tiempo. Para hacer honor a su alcurnia es, por añadidura, profundamente sensual. Yo amo a Amapola y ella me ama en silencio, pero con un lenguaje no verbal, por más que pletórico de expresividad, como en realidad debe ser el verdadero amor que sólo se transmite con los ojos de aquellos que se aman. No se ha

inventado —pese a tantos milenios de practicarlo— un idioma perfecto para el amor. En vano se ha buscado en la poesía, la pintura, la escultura y la música que es, a mi juicio, la que más se acerca al lenguaje amoroso, en expresión. Mas la verdad sea dicha, para el amor no existe mejor testimonio que la mirada y los vuelcos del corazón.

Amapola acostumbra recorrer, cada día, el contorno del jardín de la casa. Pasa revista —y va de uno a otro— a todos los árboles: las acacias, el magnolio, las higueras, el manzano y, finalmente, termina por la jacaranda y el sauce. Busca las ardillas negras que últimamente se han convertido en una plaga por esta parte del sur de la Ciudad de México. Olfatea la rosaleda del fondo y, para terminar su recorrido, da un brinco a una enredadera, caza un tulipán mexicano de color amarillo y se lo come como si fuese un polvorón. Seguramente, debe ser dulce, me digo a mí mismo. Ya terminó su *tourné*. De repente viene hacia mí que estoy leyendo en una silla en el lado opuesto del jardín. Se sienta a mi lado y pasa su cabeza y su cuello por debajo de mi brazo izquierdo. Siempre lo hace con la vista perdida en el fondo del ramaje, en todo lo verde. Luego voltea, me mira y con su mirada me pide que no



Qué maravilla que el destino me haya deparado el oficio de ser médico y de haber podido disfrutar de recompensas como ésta en la vida.

quite todavía mi mano. La paso por su cabeza y después la agito por su pecho de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba. Me mira y me dirige un gesto de ternura. Yo la veo a los ojos, contemplo sus pestañas y me digo a mí mismo: “esto sí que es amor del bueno”.

Cada mañana, cuando todavía el alba es sólo el trazo de una línea en el horizonte y no ha comenzado aún a romperse el silencio tenebroso de la noche, le abro la puerta de donde duerme y de inmediato viene a saludarme para salir después al jardín. Por las noches cuando Alicia, mi mujer, le da la orden de irse a dormir, ahí donde yo esté, siempre acude a despedirse, moviendo la cola y la cabeza simultáneamente. Amapola es la primera en desearme los buenos días y en darme las buenas noches.

Hoy, cuando regresé del hospital donde trabajo, Amapola no acudió a saludarme. Al entrar en nuestra recámara la encontré acostada a los pies de mi cama, con el mentón apoyado en sus manos. Me miró de reojo con una mirada de tristeza y no se inmutó. De inmediato entendí su mensaje. Ésta no es su actitud natural: Amapola se sentía mal, estaba enferma, muy enferma.

Me acerqué a la cama, me hiqué y la acaricié, le toqué el hocico y estaba seco y caliente. Al intentar repetir el acto, me gruñó.

—Lo mismo me hizo a mí —dijo mi mujer— hace apenas un instante, cuando iba a acariciarla, me tiró la tarascada. Jamás lo había hecho en más de siete años.

La enfermedad no es sólo un cambio físico. A los médicos se nos olvida, muchas veces, que la “malatía” apunta indefectiblemente una gran repulsión mental.

—Nunca había actuado así —me dice mi esposa—, me está dando un poco de miedo.

—Es que, por fortuna, nunca ha estado enferma —le respondo— y nos ataca porque, con la enfermedad, se siente indefensa, desprotegida y tiene temor. Recuerda Alicia cuando leímos a Kübler-Ross.

Primero frente a la enfermedad —como ante la muerte— existe una intención de rechazo (¡oh no, no es posible!); después de angustia; acto seguido rabia y agresividad (aquí uno se dice: no hay justicia, ¿por qué me tocó a mí?). La fase de agresividad, al encarar la enfermedad como la muerte, es, naturalmente, aquella que los que estamos cerca del enfermo menos entendemos. Y ello reza hasta con los médicos. Cuántas veces habré escuchado, a lo largo de los años, a mis alumnos y hasta a mis colegas decir: “este enfermo es odioso”. Y es que ese enfermo —al que no entendemos en esa etapa violenta de la enfermedad— puede convertirse hasta en un personaje diabólico. Amapola huye y se esconde debajo del sofá de la recámara: busca la soledad. Es menester que esto lo tomemos en cuenta aquellos que vivimos en ese permanente diálogo con la enfermedad y con la muerte. En la vida es siempre más difícil comprender que saber.

—¿Ha tomado agua en el transcurso de la tarde?

—No ha parado de beber agua —dice mi esposa.

—Indudablemente tiene fiebre, como manifestación de alguna infección, —me dije.

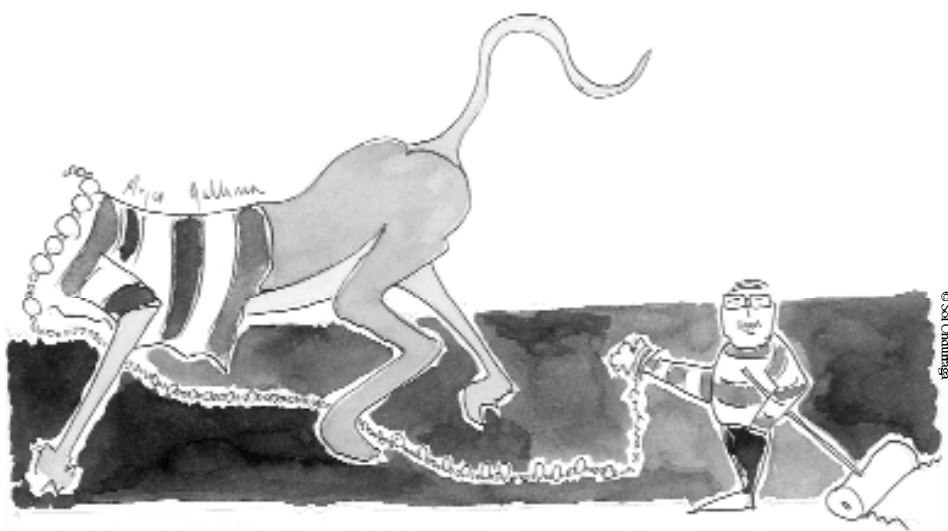
—¿Ha hecho pipí?

—Y mucho. Ha salido varias veces al jardín y la he visto desde la ventana de la recámara.

— Bueno, menos mal.

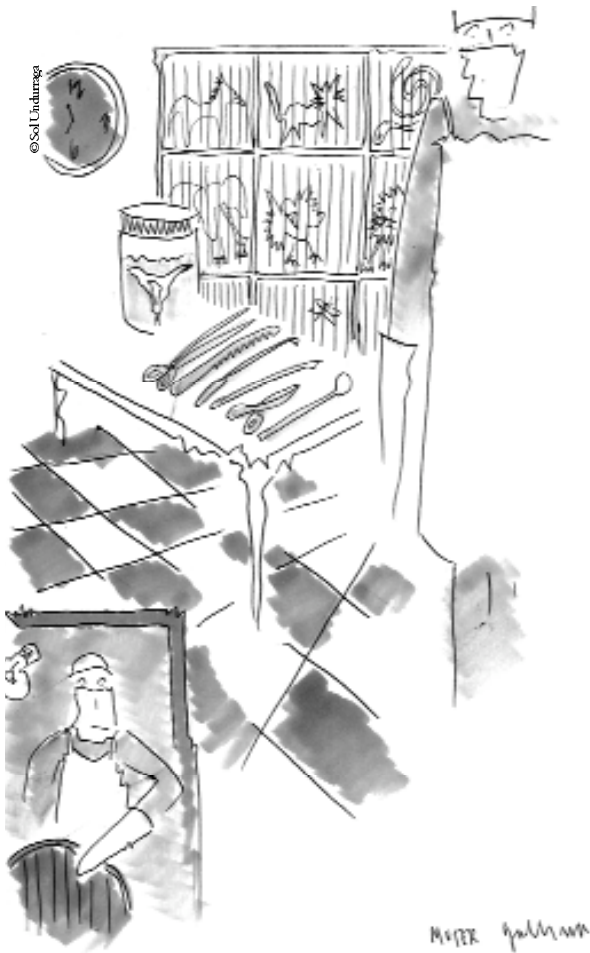
Le palpo el abdomen y no se queja de dolor. Le ausculto el tórax y no encuentro nada anormal. Tiene una infección pero no sé dónde. Llamo al veterinario y me dice: iré mañana y le sacaré sangre para hacer unos análisis, a ver de qué se trata.

La enfermedad es siempre un suceso anormal, por más que resulta un acompañante natural de la vida de todos los seres vivos. La sufren las plantas y lo mismo los animales. La ha padecido el sauce y ese gorrión que, mermado en sus facultades, con una sed insaciable y un deseo infinito por buscar de beber, cayó en el espejo de agua del jardín. Tarde o temprano a todos nos llega un padecimiento. Por fortuna, es casi siempre un visitante transitorio, otros, en cambio, tenemos que acostumbrarnos a vivir con él porque se convierte en nuestro com-



pañero de por vida. La enfermedad, pese a ser un obligado acompañante del peregrinar de todo ser viviente, resulta ser un hecho sumamente complejo. Puede parecer circunscrita a un solo órgano, a una sola parte del cuerpo. Pero no es así. Afecta, casi invariablemente no sólo a varios territorios a la vez sino que, como en el caso de Amapola, cambia hasta el modo de ser de quien la padece y, al unísono, la personalidad de quien la sufre modifica la enfermedad. Por ello, un mismo padecimiento en dos personas se comporta de manera distinta en cada una de ellas, toda vez que la forma como el espíritu de cada uno lo acepta, será sensiblemente disímula. Para mí, como médico, la enfermedad ha resultado siempre un desafío: un combate singular que me ha impuesto la naturaleza. Primero vivo el reto de identificarla mediante un razonamiento inductivo, la ubico en la personalidad y, además, —esto lo hago casi instintivamente— en el medio que rodea a la persona. No es sino hasta más adelante cuando me impongo la misión de curarla. Aquí, en estas líneas, la llamo malatía o malaltía como en el Siglo de Oro de la literatura española. Antes, ya nos decía Gonzalo de Berceo, el primer poeta castellano conocido (1196-1252):

Grand fo la malatia, e muy prolongada,
nunqua vinieron fisicos que le valiessen nada.
Era de la su vida la yente desfiuzada,
ca bascas non podie comer una bocada.



Y también me gusta llamarme, a mí mismo, físico, apelativo de médico, usado por los escritores clásicos. Viene de la voz griega *physis* que era como los helénicos designaban a la naturaleza que, para ellos —como lo debía ser para este megadepredador que es el hombre actual— significaba el equilibrio de todas las cosas. Los médicos ingleses, todavía en nuestro tiempo, acostumbra decir: *I am a physician*, una palabra llena de tradición y de sonoridad, pese a que una gran parte de ellos no repara en su significado.

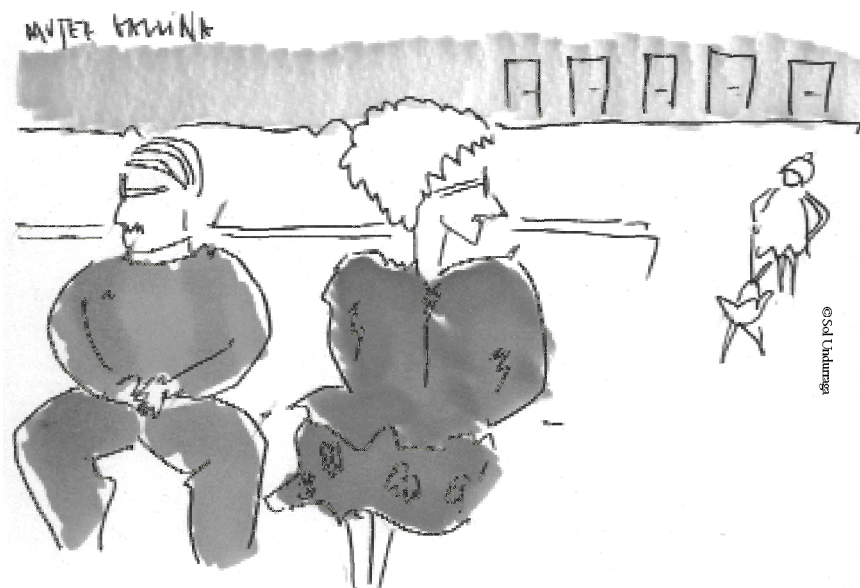
Al día siguiente, mi esposa, alarmada, me llamó por teléfono al consultorio y dijo:

—Amapola tiene un sangrado vaginal. Lo he guardado para que lo veas.

Lo observé, al llegar a casa, y de inmediato me di cuenta. No era sólo sangre, sino sangre con pus. Ya está. Éste es el origen de la fiebre. Tiene una infección en alguna parte de su sistema ginecológico. La perra llevaba ya más de veinticuatro horas con un antibiótico que yo le había administrado anticipándome al diagnóstico.

Llamé a nuestro veterinario y él, con voz de experto, apuntó: es un piometra, es decir, una infección en la matriz. De inmediato me dirigí a la biblioteca que el destino —gracias a mi trabajo y a mi insaciable amor por los libros— me ha deparado. Cogí el grueso volumen de veterinaria de Merck y descubrí que las perras, sobre





todo aquellas que no se han cruzado, después de uno de sus ciclos pueden guardar algo de sangre residual en la matriz que, al quedar secuestrada dentro de la cavidad uterina, se infecta secundariamente con bacterias procedentes de la vagina y ocasiona un grave cuadro infeccioso. Volví a llamar al veterinario y, como era viernes por la tarde, había salido fuera. Me preocupé. Unos amigos me recomendaron una clínica veterinaria de la colonia Del Valle. Subimos a Amapola al asiento trasero de mi coche y llegamos a la clínica mencionada. El veterinario en turno, nada más de ver la secreción, me confirmó el diagnóstico.

—Lo que tiene su mascota es, efectivamente, piometra. Es algo muy grave, hay que operarla en una hora. La intervención le cuesta cuatro mil pesos, más los gastos del quirófano, más tres días, mínimo, de hospitalización, medicamentos, asistencia de enfermería. Si no se opera con urgencia la matriz se perforará o la paciente caerá en insuficiencia renal o en choque séptico.

Desde luego esas cosas podían pasar pero, esa premura por operarla me recordó los argumentos que usan, hoy día, algunos médicos en los hospitales privados, cuando llega un enfermo con un simple cólico vesicular y lo quieren operar de inmediato o cuando tiene reflujo y le dicen que si no se opera se va a morir de cáncer del esófago. Argumentos totalmente falaces que sólo persiguen un interés lucrativo desprendido de una ética médica elemental y hasta de moral.

Yo esgrimí un razonamiento que he usado siempre en mis clases. Si el pus está saliendo espontáneamente es porque se abrió el cuello uterino y la infección drena al exterior. Con ello y el antibiótico el animal se va a mejorar y se podrá operar en setenta y dos horas, cubierta la infección y sin premura.

—Usted es responsable si le ocurre algo a su mascota, —me contestó el susodicho veterinario cuando ya me iba.

El domingo al atardecer llamé al veterinario de siempre que ya había regresado. Le conté lo sucedido y me dijo:

—Hizo usted muy bien.

—Gracias, —contesté—. Mañana lunes la llevaré a su clínica, usted me hará el favor de anestésicarla y yo —como he hecho de costumbre con mis perros— la operaré (lo he llevado a efecto con la Fala, la Menuza, el Chinchón, la Polilla, el Tacho y otros cuyo nombre —no imagen— se ha difuminado en mi memoria). Le extirparé la matriz y los ovarios. Y así fue.

Al terminar de operar llegué a la sala de espera donde estaba mi esposa, la besé, y le dije:

—Todo transcurrió a la perfección, Amapola ya despertó de la anestesia.

Salí a la calle. Frente a la puerta del consultorio del veterinario, en la misma acera, había una banca de madera y me senté. Advirtí cierto cansancio, a pesar de que la operación se realizó en menos de una hora. El cirujano nunca siente la fatiga mientras opera, es el que menos se cansa mientras dura la cirugía, el cansancio surge después de operar. Sentado en aquella banca no fijé la vista ni presté atención a uno solo de los transeúntes que con prisa o lentamente pasaban por la banqueta. Contemplé, en cambio, como en una película documental de cortometraje, mis cerca de cincuenta años de cirujano, mi indefectible identificación con mis pacientes y el insoslayable hecho de compartir con ellos sus sufrimientos. Recorrí la transformación que la medicina ha sufrido en medio siglo: su encarecimiento, el afán lucrativo de los médicos, de los hospitales, de los laboratorios de productos farmacéuticos y de instrumental y el casi total borramiento de aquel romanticismo de ayer que me llevó a estudiar la profesión de médico. Me dije a mí mismo, la operación de Amapola es quizás el mejor momento para que dejes el oficio de operar.

Por la tarde, ese mismo día, mi esposa fue con la trabajadora doméstica a recoger a Amapola del consultorio del veterinario. Cuando entró Amapola en la casa a las seis horas de la operación, borrachita por no haber eliminado completamente el anestésico, traspasó la puerta y desde el final del pasillo la llamé. Trastabillando, caminó con parsimonia la docena de metros que nos separaba y llegó hasta mí. Me senté en el piso. Amapola me alcanzó después de recorrer el trayecto con manifiesta lentitud y, todavía vacilante, pegó su cabeza a mi cara y lenta y espontáneamente comenzó a mover la cola. Me abracé a su cuello y me dije, pese a cualquier sinsabor o desaliento que haya podido achacarle a mi profesión —incontables años de estudio, trabajo a deshoras y casi sin descanso, momentos de infinita crudeza—, qué maravilla que el destino me haya deparado el oficio de ser médico y de haber podido disfrutar de recompensas como ésta en la vida. **U**